Del Diario del 30 de mayo de 1981

Cuaresma, en camino hacia el Resucitado

Hacer la voluntad de Dios. Querer la voluntad de Dios.

Ayer, esforzándome un poco en hacer la voluntad de Dios en el momento presente, vi cómo era necesario cortar decididamente con lo que pertenece al pasado o al futuro o que de todos modos no es la voluntad de Dios del presente. Vuelve la idea de la renuncia; no solo esa que está implícita y conlleva el cumplimiento de la divina voluntad, sino esa explícita que hace falta para ponerse bien en la nueva voluntad de Dios del presente.

Y viviendo la voluntad de Dios en el presente, estando bien firme en ella, con grandes renuncias a todo lo que no es voluntad de Dios (como podas de un árbol a ras de tierra), experimenté, o mejor, volví a experimentar una alegría especial. Pienso que sea la experiencia de esa "alegría celestial", de ese "paraíso anticipado", de esa bienaventuranza de la que hablan los santos. Es una alegría que está como al límite entre la tierra y el cielo; una alegría que te hace decirle a Jesús: "¡Basta! ¡Es demasiado!"

Y sientes que la vida es breve, porque una vida así no puede durar mucho tiempo en esta tierra. Es una alegría parecida, muy parecida, creo, a la que habrá en el Paraíso, quizás la misma. Es purísima, sacia completamente tu sed y comprendes que, aun saciado, puedes tener todavía más sed.

Pienso que Jesús quiera que también hoy beba de esta agua. Por eso: podas a todo lo que no es voluntad de Dios: grandes podas; y ponerse bien en la voluntad de Dios. Totalmente, como si no existiese nada más en el mundo, como si hubiese nacido solo para eso.

Chiara Lubich